

La transmisión de textos y la crítica textual en la antigüedad (I*)

POR

G. MOROCHO GAYO

1. CONSIDERACIONES PREVIAS

En esta exposición y en las siguientes nos proponemos abordar una serie de cuestiones sobre la evolución de los métodos y principios de la crítica textual. Pero la exposición resultante de una panorámica histórica sobre esta disciplina, por la naturaleza misma de los datos, tiene que resultar llena de incoherencias. No obstante, un estudio sobre la historia de la crítica textual implica afrontar una serie de problemas fundamentales que, a la vez, ponen en evidencia los límites en que se ha desarrollado esta disciplina.

Una consideración puramente sistemática y acrónica sobre los distintos problemas de la crítica textual nos situaría más bien en el terreno de los principios abstractos y, por ende, las normas críticas podrían aparecer como una serie de postulados teóricos provistos de verdad absoluta. La crítica textual, que es filología por excelencia, se halla necesariamente vinculada a los datos concretos y una consideración histórica y diacrónica de esta disciplina, inseparable de la buena filología y de la historia de los textos, nos sitúa en el campo de la relatividad de los principios. Dicha relatividad, considerada como fundamento

* Este artículo es resultado de una serie de charlas y coloquios organizados por el Departamento de griego de la Universidad de Murcia. Seguirán: «La transmisión de textos y la crítica textual en Bizancio» (II). «La crítica textual desde el Renacimiento a Lachmann» (III). «Panorámica de la crítica textual Contemporánea» (y IV).

metodológico constituye una excelente garantía científica contra todo dogmatismo y una apertura a la incorporación de las nuevas aportaciones y adquisiciones.

Nuestros manuales de crítica textual suelen definir la disciplina en función de la causa final ya que, para ellos, se trata básicamente de restituir un texto suprimiendo los deterioros y adherencias espúreas que sufrió con el paso de los años y lograr en la medida de lo posible la prístina pureza con que salió de las manos de su autor. Tal es la meta que persiguen los grandes especialistas de la filología moderna en sus ediciones. Pero el editor de un texto tampoco puede olvidar el «quién», el «cómo» y el «cuándo», no sólo en el aspecto de producción o composición de una obra, sino además en la faceta no menos importante de la transmisión de un texto. Por eso, desde hace por lo menos medio siglo, los grandes especialistas no suelen editar un texto sin un conocimiento profundo de la historia de su transmisión. Siguiendo esta pauta metodológica de los grandes filólogos, que, insuperablemente, hermanan historia del texto con la tarea de su restitución, nos ha parecido pertinente abordar someramente la diacronía de los métodos de crítica textual en conjunción con la historia y las vicisitudes de la transmisión textual.

2. DIVERSOS TIPOS DE EDICION DESDE LA ANTIGÜEDAD

Impropiaemente emplearemos el término «edición» para referirnos a los textos antiguos, ya se encuentren éstos en papiros pertenecientes a ἐκδόσεις alejandrinas (1), ya se hallen, como sucede en la mayoría de los casos, en códices de pergamino medievales o en libros impresos modernos de los siglos xv y xvi.

En estas «ediciones», independientemente de su cronología, se deben discriminar aquellas que son producto de la alta filología de aquellas otras destinadas a la escuela o al comercio. Es evidente que en Alejandría y en Pérgamo grandes maestros establecieron el texto de muchos autores de conformidad con determinados principios críticos o filológicos. Pero no resulta menos evidente el hecho de que muchos alumnos, y así lo atestiguan numerosos papiros de Homero y de los oradores áticos, copiaban en la escuela bajo la dirección del *magister* sus propios textos. Por otra parte, se ha comprobado que en la antigüedad se produjeron ediciones económicas de libros destinados al comercio (2). Ade-

(1) B. A. VAN GRONINGEN, «Ek dosis», *Mnemosyne*, 16, 1963, 6-17.

(2) H. L. M. VAN DER VALK, «On the Edition of Books in Antiquity», *Vigiliae Christianae*, 11, 1957, 1-10.

más, el afán de coleccionar libros lujosos no era afición exclusiva de príncipes y ricos mecenas. Es muy antigua la costumbre de adquirir libros para ostentación y vanidad de su dueño, el cual sentía placer en mostrarlos a los amigos y tenerlos en su casa. Así se comprueba en muchos textos de papiro aparecidos en los últimos años y que reproducían el texto de los grandes autores de la época clásica (3.) Resulta obvio comprobar que los criterios con que operaban los grandes filólogos no eran exactamente los mismos que los que se empleaban en la escuela. Tampoco éstos eran idénticos a los utilizados en la confección de libros destinados al comercio, donde el objetivo principal era la obtención de beneficios.

Por eso resulta de suma importancia en el estudio de un texto antiguo, sea papiro o manuscrito, saber con qué criterios se copió y a qué fin se destinaba. Como norma previa debemos indicar que *todo libro anterior a la imprenta constituye, por lo general, una edición única y singular dotada de sus propias y peculiares características.*

Bentley y la filología angloholandesa, así como las ediciones críticas del N. T. constituyen el punto de partida de la crítica científica y moderna, cuyos métodos perfeccionaría Lachmann. No obstante las aportaciones de Alejandría y Bizancio no sólo están en la base del quehacer crítico contemporáneo sino que constituyen una fuente inagotable de saber y de estudio nunca interrumpido.

3. LA EPOCA PREALEJANDRINA

Se omiten en este estudio algunos importantes testimonios que nos han llegado sobre la existencia de Bibliotecas en época prealejandrina (4).

Como es sabido, los griegos, después de la época micénica, parece que olvidaron el uso de la escritura. Ignoramos si desde el primer momento emplearon la nueva escritura con fines literarios, cuando ésta aparece en la segunda mitad del siglo VIII, al adoptar los signos del alfabeto fenicio. Hoy resulta comprobado el hecho de que durante varios siglos la literatura se compuso oralmente, y asimismo, es opinión común la tesis de que el empleo de la escritura con fines literarios no se generaliza hasta mucho más tarde. A propósito de Empédocles hemos escrito en otro lugar (5) que el empleo de la escritura en su tiempo, como medio normal de difusión de la cultura, era prácticamente inexistente.

(3) R. CANTARELLA, *I Nuovi Frammenti Eschilei di Ossirinco*, Napoli, 1948, 133-137.

(4) J. PLATTHY, *Sources on Earliest Greek Libraries*, Amsterdam, 1968.

(5) «Aproximación a la poesía filosófica en Grecia», *Logos*, 20, 1969, 31-32, donde se cita bibliografía sobre el tema.

Los libros no se generalizaron en Grecia hasta el siglo v, en contacto con la tragedia y la sofística, es decir, después del 450. Además, la introducción del libro no eliminó de repente la forma de transmisión oral.

La famosa edición pisiestráta del texto homérico ha suscitado no pocas suspicacias (6). En otro orden, al parecer, fue Anaximandro quien escribió el primer libro en prosa, seguido de Hecateo de Mileto y de Ferécides. Noticias tardías nos dan cuenta de que Heráclito depositó su libro en el templo de Artemis efesina. Parece, igualmente, que los pitagóricos, ya en época temprana, se sirvieron de la escritura en su enseñanza, predominantemente de tipo oral. C. García Gual (7) opina que también las fábulas de Esopo fueron recogidas por escrito en época temprana antes del 450 a. de C.

No obstante, creemos que, con anterioridad a esa fecha, la transmisión por escrito de las obras literarias era un hecho aislado y esporádico. La existencia de escuelas y de cofradías dedicadas a una actividad especial (poesía épica, escuelas filosóficas, etc.) es algo evidente, ya en época arcaica. Con todo, las obras literarias en un primer momento no se transmiten a través del libro, sino por vía oral, incluso en el ámbito de esas escuelas.

Los estudios de E. G. Turner (8), T. Kleberg (9), L. D. Reynolds-N. G. Wilson (10), A. Havelock (11), B. Gentili (12) y G. Cavallo (13), vienen a corroborar que la existencia del libro, como vehículo normal

(6) J. A. DAVISON, «Peisistratus and Homer», *TAPhA*, 86, 1955, págs. 1-22. G. P. GOOLD, «Homer and the Alphabet», *TAPhA*, 91, 1960, págs. 239-271. P. MAZON, *Introduction a L'Iliade*, París, 1959, págs. 234-235.

(7) Conferencia en el I Simposio de Filología y Lingüística Griega, Salamanca, 1979.

(8) *Athenian Books in the Fifth and Fourth Centuries*, B. C. London, 1951.

(9) *Bokhandel och bokförlag in antiken*, Estocolmo, 1962. Trad. italiana de las págs. 13-83, por E. LIVREA, en la obra de G. CAVALLO.

(10) *Scribes and Scholars (A Guide to the Transmission of Greek and Latin Literature)*, Oxford, 1968, Cf. trad. italiana con interesante introducción de G. BRILLANOVICH, *Copisti e filologi. La tradizione dei classici dall'antichità ai tempi moderni*, Padova, 1973².

(11) *Preface to Plato*, Cambridge, 1963. Existe también trad. italiana bajo el título de *Cultura orale e civiltà della scrittura. Da Omero a Platone*, Roma-Bari, 1973, realizada por B. GENTILI.

(12) «Sincronía e diacronía nello Studio di una cultura orale», *QUCC*, 8, 1969, 15 y ss., así como el cap. «Lirica Greca Arcaica e Tardo Arcaica», en *Introduzione allo Studio della Cultura Classica*, Milano, 1972, págs. 57-94. Sobre este tema son también interesantes los artículos de L. E. ROSI, «I generi letterari e le loro leggi scritte e non scritte nelle lettere classiche», *BICS*, 18, 1971, 69-94, y el de G. CERRI, «Il passaggio dalla cultura orale alla cultura di comunicazione scritta nell'età di Platone», *QUCC*, 8, 1969, págs. 119-133.

(13) *Libri, Editori e Pubblico nel mondo Antico*, Roma-Bari, 1975.

de difusión de la literatura, carece de base seria en época anterior a Pericles, así como la existencia de bibliotecas públicas y privadas.

Ya Wilamowitz (14) era partidario de la tesis de que el libro como medio de transmisión de la literatura se desarrolló en conexión con la tragedia y las enseñanzas de los sofistas. Puede, por lo tanto, conjeturarse que con toda verosimilitud la circulación de copias de libros anteriores a Pericles fue muy restringida y limitada, y, consecuentemente, el público lector, no muy numeroso.

Es cierto que Píndaro mandaba copias de sus poemas, así como de la música que acompañaba al texto, a las diversas familias que le habían encargado un epinicio. Otro tanto, al parecer, harían Simónides de Ceos y su sobrino Baquilides, quienes vendían el producto de su arte. Tal vez Arquíloco escribiera ya sus poemas y esto mismo podría decirse de Alcman, Safo y Alceo. Pero no tenemos pruebas que avalen una afirmación incontestable y para la época arcaica resulta más lógico pensar que era la enseñanza oral la forma corriente de transmisión y difusión de las obras literarias, cuya técnica de composición era fundamentalmente oral.

Hoy sabemos que las citas de Homero en Platón (15) muestran notables divergencias respecto del texto tradicional. Probablemente, en escritos ahora desaparecidos, como los de los presocráticos, encontraríamos lecturas muy diferentes, si además de la tradición indirecta contáramos para estos escritos con el medio de transmisión más seguro que constituye la vía directa. No por ello suponemos que hayan sido introducidos cambios radicales, pero sin duda que hubo innovaciones, las cuales afectarían a las expresiones menos inteligibles. Estas serían sustituidas por otras más familiares y en este sentido se puede comprobar el notable trabajo de depuración que han realizado algunos editores desde finales del siglo pasado en los textos de tradición indirecta.

Durante el período de transmisión oral de la literatura el ritmo coadyuvaba notablemente a su fiel transmisión, incluso en las obras en prosa, pero es bastante probable que algunas fórmulas fueran cambiadas por los rapsodos y, en las obras en prosa serían modificadas ciertas expresiones con posterioridad dentro de las escuelas, donde se mantuvo largo tiempo la práctica oral para la enseñanza de una gran parte de la tradición literaria.

(14) *Einleitung in die griechische Tragödie*, Berlín, 1921 (reeditado en 1959, pero publicado por primera vez en *Euripides-Herakles*, I, cap. I-IV, Berlín, 1889), pág. 121. *Einleitung*...

(15) J. LABARBE, *L'Homère de Platon*, Liège, 1949.

El desarrollo y difusión del libro a partir de la época de Pericles hizo caer en el olvido muchas obras transmitidas hasta entonces únicamente por vía oral. Por otra parte, a finales del siglo v y principios del iv, cuando las obras que habían circulado oralmente comienzan a copiarse en libros, tiene lugar un hecho importante. Nos referimos al *metagrammatismós*, en virtud del cual las obras escritas en otros alfabetos son ahora transcritas al alfabeto de Mileto adoptado oficialmente en Atenas. Podría presumirse que las obras que no fueron transcritas al nuevo alfabeto, en gran medida se perdieron para siempre. Incluso algunas obras que sin duda fueron transcritas parece que no se conservaron mucho tiempo. Esto ocurre con los escritos de los presocráticos, de los que conservamos solamente las tesis y principios generales, pero no su desarrollo.

No nos vamos a referir a las características de los autógrafos de los autores griegos de época clásica, aspecto que estudiamos en relación con la tragedia en la Introducción de nuestra tesis doctoral (16). En ellos faltaban los signos de puntuación y de acentuación, las marcas de elisión y de crasis y las letras dobles. Por lo que se refiere a la lírica coral y partes líricas de la tragedia y de la comedia, el texto poético, tal vez acompañado de notación musical, se escribía como si fuera prosa. Así se comprueba en el ejemplar más antiguo de papiro de textos griegos que hoy conocemos: los *Persas*, de Timoteo (17), fechado en las postrimerías del siglo iv a. de C. En este papiro cada letra ha sido separada al modo como se hacía en las inscripciones. Su trazado es sencillo, angular y claro. Letras algo más diminutas y delgadas aparecen en otro texto de finales del siglo iv correspondiente al *Fedón*, de Platón (18).

Por lo que respecta a las obras teatrales, tanto Tragedias como Comedias, no sabemos si el texto era idéntico para actores y coristas, si ambos disponían del texto completo o solamente de la parte correspondiente a su papel, o si, por el contrario, lo aprendían oralmente. Ignoramos también si se modificaba el texto cada vez que una obra se ponía en escena. De algunas obras, como de *Las Nubes*, de Aristófanes, nos consta la existencia de dos redacciones (19).

Tampoco sabemos si después de la primera puesta en escena se

(16) *Scholia in Aeschylí Septem Adversus Thebas*, Salamanca, 1975, I, páginas 14-20.

(17) E. M. THOMPSON, *An Introduction to Greek and Latin Paleography*, Oxford, 1912, lám. 1.

(18) *Ibidem*, lám. 2.

(19) A. MELERO, *Atenas y el Pitagorismo*, Salamanca, 1972, pág. 90.

copiaba el texto para guardar una copia en los archivos del Estado. El supuesto decreto del año 386 a. C. que ordenaría representar tres tragedias de los grandes autores del pasado, junto con las de nueva creación, se considera hoy inexistente. Y la iniciativa de Licurgo hacia el 330 parece que confirma la ausencia de toda recensión oficial anterior.

Según un conocido pasaje de Plutarco (20), el estadista ateniense Licurgo hizo publicar una ley en la que se ordenaba que se hiciera una copia oficial de las obras de los tres trágicos mayores, con la finalidad de conservar el texto y obligar a los actores a atenerse a él.

Tal decreto, indiscutiblemente, supone una intromisión en el texto de los clásicos por parte de los actores, anterior a esta fecha. Pero nada garantiza que dicha intromisión cesara después en virtud de un decreto.

Nada sabemos de las características de la edición de Licurgo ni de otras muchas que debieron hacerse destinadas al comercio y a las personas particulares. En las obras literarias clásicas con mucha frecuencia existe una etapa de difusión entre el autógrafo del autor y la primera edición erudita muy difícil de controlar. En dicho período las obras pueden sufrir modificaciones incluso profundas, pero los críticos no se hallan en condiciones a veces de determinarlas. Esto sucede incluso con algunas obras clásicas de la literatura castellana, como por ejemplo, las *Poesías* de Fray Luis de León.

No sabemos si las formas neoáticas de la tragedia remontan a la edición de Licurgo, posterior en un siglo a los autógrafos. Ignoramos también si se copiaron todas las obras de los trágicos y si éstas fueron agrupadas en orden cronológico o alfabético.

Está fuera de toda duda que los textos griegos, antes de ser protegidos por la filología helenística, estuvieron expuestos a grandes peligros de corrupción. Resulta evidente que en las obras teatrales algunas corruptelas derivan de los actores, pues como atestigua Demóstenes (21), durante el siglo IV las tragedias eran representadas de forma regular, y es presumible que la representación de obras antiguas ante un público más moderno diera ocasión a los actores, quienes no debían tener muchos escrúpulos críticos, para adaptar el texto a las nuevas circunstancias.

En el *Hipólito*, de Eurípides, según W. S. Barret (22), existen interpolaciones de los actores en nueve pasajes con seguridad y con bastante probabilidad en otros cuatro. Dichas interpolaciones, según los últimos

(20) *Orat. Vitae Lyc.*, VII, 15, 841.

(21) *De falsa legatione*, 246.

(22) *Euripides Hippolytus*, Oxford, 1964, pág. 45.

estudios (23), afectan de manera especial a Eurípides y en menor proporción a Sófocles y Esquilo. En este autor habrían influido de modo particular en *Septem* (24); no obstante, parece que la intervención de los actores en el texto de los trágicos no ha tenido la importancia que se le ha dado.

Sobre las copias que se hicieron en este período, destinadas unas al comercio y otras a personas particulares con mayores exigencias, puede decirse muy poco. En ambos casos unas tendrían lecturas buenas y otras deficientes desde un punto de vista crítico. Dadas las innovaciones de los actores y la difusión de sus copias, las interpolaciones podrían encontrarse en todo tipo de dramas. Para el público en general, probablemente, el mejor criterio para preferir un texto no sería el de su fidelidad, sino el de su gusto o sabor popular.

Como principio general sobre las ediciones de este período podemos concluir con estas palabras de D. L. Page (25): «Antes de la época alejandrina... un gran número de corrupciones puede haber afectado a nuestros textos. Los papiros de época prealejandrina diferirían mucho más de nuestros manuscritos medievales que éstos respecto de los papiros de época helenística». No obstante, sigue siendo válida la tesis de Havet aceptada hoy por toda la crítica, según la cual nuestros gramáticos, metricistas e historiadores han llegado a constatar en los textos una fijeza de leyes, conexión de hechos y lógica de ideas, que nos permiten concederles una *confianza general*. La única norma para garantizar la existencia de una falta, de una interpolación y de una laguna, será el *principio de la explicabilidad*.

Puede resultar, por tanto, tan exagerado afirmar que poseemos el texto casi exacto de nuestros clásicos como suponer la carencia de fiabilidad en el mismo. Tal es el juicio que nos merecen las primeras ediciones de los clásicos antes de que una serie ininterrumpida de sabios, maestros, y copistas cuidaran de su fiel transmisión y conservación.

4. PERIODO HELENISTICO

a) LOS TEXTOS CLÁSICOS EN ALEJANDRÍA

Las precauciones para salvaguardar los textos de los clásicos, poetas y prosistas, fueron tomadas en Alejandría. Las «ediciones» críticas de

(23) D. L. PAGE, *Actors' Interpolations in Greek Tragedy*, Oxford, 1934, págs. 30-32, 80-85. M. D. REEVE, «Interpolation in Greek Tragedy», *GRBS*, XI, 1970, págs. 283-293; XIV, 1973, págs. 145-171.

(24) E. VAN VEEN, *Interpolaties in Aeschylus' Zeven tegen Thebe*, Groningen, 1938.

(25) *Medea*, Introd., pág. LI.

los alejandrinos constituyen tal vez una de las mayores aportaciones de la civilización helenística.

Se dice que Demetrio Falereo fue invitado por Ptolomeo I para organizar en la ciudad del delta los estudios, según el modelo que Aristóteles había desarrollado en el Liceo. En esta época se fundó la Biblioteca Alejandrina, que en sus mejores tiempos llegaría a contener 490.000 volúmenes. Con posterioridad, adherido a ella, se construyó el *Serapeum*, donde se guardarían 43.000 volúmenes más (26).

Así, pues, en Alejandría, doctos gramáticos y eruditos filólogos se dedicaron al estudio de los textos. Allí, después que se reunieron y se catalogaron las obras, se emprendió la tarea de revisión para establecer un texto depurado.

Al período helenístico corresponde la elaboración del famoso canon alejandrino que tanta influencia tuvo en la literatura posterior, pues los autores en él contenidos eran y fueron los verdaderos modelos para la imitación literaria en los diversos géneros.

A Usener debemos la reconstrucción del tan celebrado canon, que tanto influyó en el desarrollo de la literatura posterior y, sobre todo, en la selección de los autores que eran objeto predilecto de la lectura y de la copia.

Épicos: Homero, Hesíodo, Pisandro, Panyasis, Antímaco.

Yambógrafos: Semónides de Amorgos, Arquíloco, Hiponacte.

Trágicos: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Ión, Acaio.

Cómicos: 1. Comedia antigua: Epicarmo, Cratino, Eúpolis, Aristófanes, Ferécates, Crates, Platón. 2. Comedia media: Antifanes, Alexis. 3. Comedia nueva: Menandro, Filípides, Dífilo, Filemón, Apolodoro.

Elegíacos: Calino, Mimnermo, Filitas, Calímaco.

Líricos: Alcmán, Alceo, Safo, Estesícoro, Píndaro, Baquilides, Ibico, Anacreonte, Simónides.

Historiadores: Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Filistos, Teopompo, Eforo, Anaxímenes, Calístenes, Helánico, Polibio.

Oradores: Demóstenes, Lisias, Hipérides, Isócrates, Esquines, Licurgo, Iseo, Antifonte, Andócides y Dinarco (27).

b) LAS «EDICIONES» ALEJANDRINAS

Nos interesa destacar los procedimientos de «crítica textual» (28) que algunos maestros de Alejandría siguieron en el establecimiento del

(26) RIGHI, *Historia de la Filología Clásica*, Barcelona, 1969², pág. 48.

(27) W. KRÖLL, *Historia de la Filología Clásica*, Barcelona, 1948, pág. 424.

(28) «With the third century we enter alike the full historical period with the appearance of actual texts on papyrus, and also the first period in which

texto de los clásicos. Otros aspectos sobre estos filólogos pueden estudiarse en el excelente libro de R. Pfeiffer (29).

La crítica de Homero por los alejandrinos nos ofrece la pauta sobre el modo como trabajaron éstos en el texto de otros autores. Los estudios de T. W. Allen (30), P. Mazon (31), V. Berard (32) y J. La Roche (33) son un claro ejemplo del buen quehacer filológico y abordan casi todos los aspectos de la crítica alejandrina sobre el texto de Homero.

No podemos hablar de ediciones helenísticas sin algunas precisiones. Ya hemos dicho que todo papiro en la antigüedad, como sucedería en la Edad Media con los manuscritos, es en principio y en la práctica un ejemplar único, dotado de unas características peculiares e individuales que le distinguían del resto. Esto se debe a que incluso el copista más concienzudo no reproducía exactamente su modelo.

Los textos idénticos sólo serán posibles después de la invención de la imprenta. Anteriormente el texto estaba sujeto a alteraciones y la incompetencia y descuido de los escribas podía agravar la corrupción. Cuanto más popular fuera un autor, tanto más estaba sujeto a corrupciones.

Con frecuencia se habla de «ediciones» antiguas de autores clásicos. Debiera evitarse este término, porque su empleo sugiere automáticamente la idea de una edición moderna, de ahí que se preste a confusión y equívoco (34).

La edición con un número de ejemplares más o menos idéntico no tiene lugar jamás.

El verbo ἐκδιδόναι y el sustantivo ἔκδοσις así como sus componentes y derivados no pueden traducirse como se hace corrientemente por «editar» y «edición», pues no indican el acto de un «editor», ni de un librero, sino el del autor que «abandona» su obra al público.

El verbo διαδιδόναι «pasar de mano en mano» se emplea para desig-

scholars practised something worthy of the name of textual criticism». J. A. DAVISON, en «Homeric Criticism», *A Companion to Homer*, London, 1962, pág. 221. Véase también el artículo de este autor: «The Study of Homer in Graeco-Roman Egypt», en *Mitteilungen aus der Papyrussammlung der öster. Nationalbibliothek*, V, 1956, págs. 51-58, así como la obra de M. VAN DER VALK, *Textual Criticism of the Odyssey*, Amsterdam, 1949.

(29) *History of Classical Scholarship*, Oxford, 1968. Existe también trad. italiana bajo el título de *Storia della Filologia Classica. Dalle origini alla fine dell'età ellenistica*, Napoli, 1972. Se anuncia trad. castellana en Gredos.

(30) *Homeri Ilias*, Oxford, 1931.

(31) En cita núm. 6.

(32) *Introduction a l'Odysée*, París, 1935².

(33) *Homerische Textkritik in Altertum*, Leipzig, 1866.

(34) B. A. VAN GRONINGEN, Art. de cita 1. Véase también *Traité d'Histoire et Critique de Textes*, Amsterdam, 1963², págs. 23-26.

nar la difusión de una obra de antigüedad, difusión no sistemática sino, a veces, caprichosa e incluso contra la voluntad del autor.

Ἐκδόσις no indica únicamente el abandono por parte del autor de un ejemplar único, sino el abandono a favor de todos aquellos que se interesasen por su obra. No obstante, se puede hablar de «edición» a propósito de los textos establecidos por los grandes filólogos de la antigüedad. Zonódoto, Aristófanes de Bizancio, Riano, Apolonio, Calímaco, Crates, Aristarco y otros han coleccionado, colacionado, catalogado, criticado, purificado, interpretado y comentado un número considerable de textos. Su trabajo fue decisivo para la conservación y pureza de los mismos.

Con anterioridad al estudio de los textos por parte de estos grandes maestros helenísticos parece que se hicieron recensiones de los poemas homéricos. Hemos aludido de pasada a la edición pisiestráida del texto homérico y nos hemos referido a la edición de Licurgo de los tres grandes trágicos.

c) LA EDICIÓN DE ZENÓDOTO

Para J. A. Davison (35) está fuera de toda duda que el texto homérico fue establecido para su recitación en las Panateneas y, por lo tanto, constituiría el ejemplo más antiguo de edición, cuya existencia está atestiguada por evidencias externas. Teágenes de Regio hacia el 530, y posteriormente Estesíbroto de Tasos, Metrodoro de Lámpsaco, Glauco de Regio, Trasímaco de Calcedonia y Demócrito de Abdera, abordaron cuestiones de interpretación y particularmente el significado de algunos términos oscuros. Es probable que trataran cuestiones similares a las que denominamos hoy de crítica textual.

No obstante, parece descartado hablar de una vulgata prealejandrina del texto homérico. Hacia finales del siglo v debieron aparecer ediciones cuidadas de los poemas —ἐκδόσεις κατ' ἄνδρα—, a juzgar por un testimonio de Diógenes Laercio (36). En esta dirección apuntan también dos anécdotas, conservadas por Plutarco, sobre Alcibiades, y un maestro de escuela (37) que tenía un texto de Homero revisado por él mismo.

Noticias tardías nos dan cuenta de que el poeta Antímaco de Colofón y Eurípides el Joven, sobrino del gran trágico, poseían copias personales

(35) J. A. DAVISON, en *A Companion...*, pág. 220.

(36) IX, 13.

(37) *Vita Alcib*, VII, 1.

del texto homérico. Alejandro en su expedición a Persia llevaba siempre consigo, según diversas fuentes, una lujosa edición de Homero.

Simultáneamente con la existencia de ediciones particulares y personales debieron establecerse otros textos, que se guardaban en los archivos de las principales ciudades —ἐκδόσεις κατὰ πόλιν—. Los escolios citan frecuentemente la edición de Marsella y también la de Quios, Sínopé, Argólida, Chipre, Creta y Eólida.

Sobre las ediciones particulares y públicas, cuyas características y procedimientos ignoramos, se basó el trabajo de los alejandrinos. Estos, debidamente reunidas y catalogadas las obras, establecieron sus textos y los comentaron, llegando a ser sus ediciones la vulgata para la mayor parte de los autores en la antigüedad.

Escoliastas y lexicógrafos nos atestiguan la existencia de ἀντίγραφα ο ἀπόγραφα ἄττικιανὰ, a diversos autores y así resulta indiscutible por otros testimonios externos, según los cuales los fondos de la Biblioteca de Alejandría se nutrieron en gran medida de ejemplares procedentes de Atenas.

Galeno (38) recoge una anécdota, según la cual el texto de los trágicos que había sido establecido por Licurgo en Atenas hacia el 330 fue pedido en préstamo por Ptolomeo (Filadelfo II), a mediados del siglo III, con la finalidad de hacer una copia en la Biblioteca alejandrina y destinarla a sus fondos. Ptolomeo ordenaría guardar celosamente el original procedente de Atenas y devolvería a la ciudad de Palas una cuidada copia, añadiendo una cantidad de dinero nada despreciable en compensación. Si este hecho fue cierto, el texto helenístico de los trágicos remontaría a la edición de Licurgo del año 330.

Resulta indiscutible el procedimiento alejandrino de utilizar varias ediciones y elegir entre sus lecturas para establecer el texto de un autor. En el manuscrito F de Demóstenes, a propósito de la epístola a Filipo (IX) y al final de la misma se nos dice: διωρθῶται ἐκ δύο Ἀττικιανῶν. Este plural sugiere que las dos copias no eran idénticas, ya que hubiera bastado una sola en el caso de que hubieran sido completamente exactas.

La edición homérica de Zenódoto de Efeso se basaba en varias ἐκδόσεις κατὰ πόλιν y κατ'ἄνδρα anteriores. Las características de su revisión del texto de Homero nos son conocidas por autores posteriores, cuyos testimonios no siempre son fiables. Parece que no escribió comentarios que acompañaran al texto poético, éste era bastante más breve que el que nosotros leemos, a juzgar por algunas expresiones de escoliastas tardíos.

(38) *Epid. Hyppocr.*, pág. 607, ed. de Kühnn.

Zenódoto utilizó el *óbelo*(—) para designar los versos apócrifos, signo que emplearían sus sucesores con idéntica finalidad. El óbelo de Zenódoto, no obstante, puede indicar dos grados de rechazo; una omisión completa, o bien una atétesis que denota una pequeña sospecha. Difícil resulta determinar en los pasajes concretos la amplitud de rechazo con que Zenódoto empleaba el óbelo, así como las razones que le guiaban al obelizar un verso determinado. Sus sucesores, Aristófanes y Aristarco, no emplearon el óbelo de una forma tan drástica y, a veces, están expresamente en desacuerdo con Zenódoto. Un escolio de Luciano (39) llama a este crítico «látigo de Homero» por haber obelizado y atetizado muchos versos del poeta. También revisó Zenódoto el texto de las *Odas* de Píndaro (40).

d) LAS EDICIONES DE ARISTÓFANES

Aristófanes de Bizancio, bibliotecario del 195 al 180, parece que editó los trágicos, Hesíodo, Píndaro y Aristófanes, y que hizo nuevas recensiones de Homero, Alceo, Anacreonte y las Trilogías de Platón. Compuso, además, otros tratados misceláneos de contenido filológico. Pero el trabajo de Aristófanes sobre el texto completo de las obras debió de ser muy limitado, si tenemos en cuenta el número ingente de dramas y poemas. Más bien parece que la labor del maestro alejandrino en muchos casos se limitaría a la mera dirección y revisión de un trabajo que efectuaban otros maestros de segundo orden y que él rubricaría como director de la Biblioteca.

Aunque las fuentes nunca le atribuyen expresamente el establecimiento de una *ἐκδοσις* trágica, veamos cómo debió ser su método tomando como ejemplo las tragedias de Esquilo:

1.º Reunión y clasificación de los dramas, precedido en este trabajo tal vez por Alejandro de Etolia y Calímaco. Es probable que pusiera orden en la lista de obras como hizo con Sófocles y Eurípides. Los manuscritos de Esquilo no nos dan indicaciones numéricas de las obras y, cuando esto sucede, el dato es de época tardía.

La lista de obras por orden alfabético que leemos en el *Mediceo* puede remontar a Aristófanes de Bizancio. Así parece deducirse del *Arg. Vet. ad Ant.*, de Sófocles, en el que se dice que el orden cronológico era el seguido por las antiguas *Didascalias* del Liceo. La edición de Aristófanes, en este aspecto, remontaría a la de Licurgo, que presentaría las obras alfabéticamente.

(39) *Pro imag.*, 24.

(40) J. IRIGOIN, *Histoire du Texte de Pindare*, París, 1952, págs. 32-33.

2.º El establecimiento de un texto que recogía probablemente la tradición de los actores y la tradición culta, basada en la copia de ejemplar. Es seguro que Aristófanes utilizó diversas tradiciones a juzgar por el método seguido en otros autores. En su edición marcaría con una X las particularidades de vocabulario y de expresión, las formas contrarias al uso corriente y las figuras retóricas más destacadas. Nuestros escolios señalan el empleo de X, por ejemplo, *Schol. a Sept. I, 79*, aunque los comentarios parece que son de época más tardía.

Según Wilamowitz (41) los comentarios de Aristófanes serían recogidos por sus discípulos, pero en ninguna parte de la tradición leemos que él escribiera comentarios a Esquilo.

3.º Estableció la colometría de las partes líricas, uso que se mantuvo durante toda la antigüedad; el *P. Oxy. 2179* ofrece fragmentariamente *Septem*, 155-159, pasaje lírico que presenta los *kôla* del Mediceo.

Los *kôla* de Aristófanes constan de uno, dos o tres elementos rítmicos. El final de *kôlon* coincide con final de palabra, pero olvidó la anotación musical de las partes líricas, ya que en su época no se percibía el ritmo antiguo y su edición no estaba destinada a la representación sino a la lectura.

4.º Utilizó en su edición la parágrafos y la coronís y a él se puede atribuir el uso moderado de siglas de personajes que se generaliza y desarrolla en época bizantina.

5.º Cada tragedia ocuparía un rollo de papiro y la edición de Esquilo, como la de Sófocles y Eurípides, obra de Aristófanes, llegó a ser en la antigüedad la edición de referencia. Sus alumnos continuaron el trabajo según su espíritu y sus métodos.

No se ha demostrado que Aristófanes escribiera *scholia* al texto de los trágicos, pero los discípulos inmediatos dotaron al texto de comentarios como el gramático Calístrato. El núcleo de nuestros escolios depende de la crítica alejandrina a través de Dídimo, según la *communis opinio* de los editores de escolios, lo cual nos parece discutible, al menos en el caso de Esquilo.

Por lo que se refiere al texto homérico, Aristófanes fue más moderado que Zenódoto en obelizar de forma completa versos íntegros, pero hizo un uso más frecuente que él de la atétesis. Su edición es citada frecuentemente en los escolios y aunque Aristófanes mismo dice que escribió un tratado especial de lexicografía homérica, no es seguro que éste fuera un comentario sistemático. Como Zenódoto, Aristófanes utilizó el óbelo añadiendo además otros signos críticos. A propósito de su

(41) *Einleitung...*, págs. 151-152.

edición trágica nos hemos referido a la X, la parágrafos → y la coronís —∫. En el texto homérico empleó además del óbelo, el *keraión* (T), la antisigma ⊃, y el asterisco ·χ·. Todos ellos con el significado que diremos más adelante. Su contribución a la crítica textual de Homero parece que fue más importante que la de Zenódoto, según se deduce del ulterior trabajo de Aristarco. De todas formas, la influencia de Zenódoto y de Aristófanes fue decisiva en el estado actual del número de versos. En los papiros del siglo II y siguientes han desaparecido de los poemas homéricos muchos versos puestos en las ediciones de papiros del siglo III.

Parece que fue invención de Aristófanes de Bizancio y de los primeros sabios alejandrinos el uso en sus ediciones de los signos de acentuación y de puntuación, útiles para facilitar la lectura en textos de *scriptio* continua y dar una solución al significado de determinados lexemas dudosos.

El uso de los acentos no es regular ni se generaliza en los papiros. A veces, la acentuación se coloca sobre la sílaba que no necesita la marca, como ocurre en la *Iliada*, de Hawara, donde se acentúa *theoéides* en lugar de *theoeidés*. También llama la atención, en época posterior a la de Aristófanes, ver el acento puesto sobre la primera vocal del diptongo, y no en la segunda, como hacemos nosotros.

El uso de los espíritus, su origen y desarrollo, son prácticamente los mismos que los de los acentos. Aristófanes y los alejandrinos emplearon dos tipos de espíritus, procedentes de la antigua H: el espíritu áspero † y el suave —|. Pero durante mucho tiempo no se generalizó el empleo de espíritus en la escritura, aunque el suave aparece más frecuentemente que el áspero, según se comprueba en la *Iliada*, de Hawara.

La puntuación en los papiros más antiguos recuerda el sistema de las inscripciones griegas de época clásica, que utilizaron ya uno, dos o tres puntos, para separar las palabras o los *kôla*. El punto alto, inventado por Aristófanes de Bizancio, equivale a nuestro punto final, el punto medio a nuestra coma, y el punto en línea a nuestro punto y coma. La coma y el signo de interrogación aparecerán varios siglos más tarde en los códices minúsculos, entre los cuales los *vetustissimi*, aunque parcamente, ofrecen una correcta colocación de espíritus y acentos frente a muchos *vetusti* y *recentiores*, cuya acentuación, denominada bizantina, no es la misma que utilizamos hoy en día.

También la parágrafos y la coronís pueden considerarse en muchas ocasiones como signos de puntuación. La iota adscrita, como marca

ortográfica, servía para distinguir la forma de ciertas palabras o casos, pero su empleo no es sistemático.

e) ARISTARCO DE SAMOTRACIA

En el estudio de la crítica textual de época helenística debe ocupar un lugar muy destacado Aristarco de Samotracia (217-145), discípulo de Aristófanes, y el mejor crítico y el más grande de todos los investigadores de Homero (41 bis).

Aristarco utiliza tres procedimientos que en parte sigue la crítica posterior:

Primero: Comprobación del estado de las variantes, y en este sentido, registró en el texto homérico ochocientas cuarenta y siete lecturas diferentes, de las cuales la tradición manuscrita medieval conserva ochenta.

Segundo: Empleo sistemático de los signos críticos.

Tercero: El recurso a la conjetura, que no incorpora en el texto, contrariamente a lo que hacen los editores modernos, los cuales introducen sus personales correcciones en el texto y relegan las variantes de los manuscritos al aparato crítico. Además cuando los alejandrinos proponen una conjetura suelen añadir siempre la salvedad de «sería mejor...». No podemos asegurar si las conjeturas de Aristarco y otros maestros alejandrinos existían ya en la tradición o son obra de ellos mismos.

Frente a Zenódoto, que procedió críticamente de modo arbitrario en no pocos pasajes, Aristarco, en mayor medida que Aristófanes, fue más prudente rechazando muchas atétesis de sus predecesores, aunque siguiendo la analogía se inclinaba a la uniformidad del texto.

Aristarco preparó, además, un comentario para explicar el texto homérico y escribió una serie de monografías dedicadas a problemas específicos. Tanto en los comentarios como en las monografías el principio básico de los alejandrinos fue formulado por Aristófanes de Bizancio: «explicar a Homero por Homero», «Ὅμηρον ἐξ Ὅμηρου σαφηνίζειν». Otro principio fundamental era el de Erastótenes: «todo poeta tiende a la psicogagía y no a la didascalía», formulado en contra de la escuela de Pérgamo.

(41 bis) A. LUDWICH, *Aristarchs homerische Textkritik*, Leipzig, 1884. K. LEHR'S, *De Aristarchi Studiis homericis*, 1833, 1865², 1888³, revisada por A. LUDWICH. Obras más reciente son las de A. ROEMER, *Aristarchs Athetesen und die Aristarchs Kritik in ihren Grundzügen dargestellt* (1924), así como el artículo de H. ERBSE, «Über Aristarchs Iliasausgaben», *Hermes*, 87, págs. 275-303.

En relación con la constitución del texto homérico y de otros autores, es de suma importancia la consideración de los escolios. A través de los 200 manuscritos de Homero que nos han llegado podemos distinguir dos clases fundamentales de escolios: los de texto y los de exégesis, escritos en los códices al margen los primeros y entre línea y línea los segundos.

H. Erbse (42), ha estudiado de una manera especial estos escolios demostrando que el comentarista establece ya por este procedimiento una especie de aparato crítico. El problema es determinar de dónde proceden las lecturas en la gran abundancia de escolios marginales. El comentario medieval de Homero reúne el trabajo de cuatro filólogos anteriores, al que se ha llamado *Comentario de los Cuatro*. Es decir, los escoliastas, además de los comentarios de Aristarco, han utilizado cuatro obras: la de Dídimo sobre la *Dióρθosis*, la de Aristónico *Sobre los signos críticos en la Iliada y la Odisea*, la de Herodiano *Sobre el acento musical* (43) de tiempos de Marco Aurelio, y la de Nicanor *Sobre la puntuación en la Iliada y la Olisea* (43 bis).

Los escolios exegeticos se centran sobre la aclaración estética y moral de Homero y no tratan de restaurar el texto. En cambio, son muy ricos y variados en su contenido y contrarios a la escuela de Aristarco. A veces tienen algo en común con los del *Venetus A*.

En relación con los escolios hay que mencionar también los papiros (44); tenemos 53 principales de la Iliada y 108 de la Odisea.

En Homero, los fragmentos de escolios transmitidos por los papiros son diferentes de los comentarios que nos han llegado en la tradición manuscrita medieval. Los escolios marginales de los papiros I, IV, XI, contienen tan sólo *variae lectiones* tomadas de algún manuscrito de Aristarco. Por otra parte, los comentarios, cuyos fragmentos nos conservan los papiros, además de ser de un carácter muy peculiar (tratan de justificar determinadas lecturas y nos ofrecen las distintas posibilida-

(42) *Geschichte der Textüberlieferung der antiken und mittelalterlichen Literatur*, vol. I. Zurich, 1961, págs. 221 y ss. y 282.

(43) Herodiano (II p.), rell. ed. de A. LENTZ, I-III, 1867/70.

(43 bis) *Peri Iliakes stigmes*, ed. de L. Friedlander, 1850; *Peri Odysseae stigmes*, ed. de O. Carnuth, 1875.

(44) Ch. M. OLDFATHER, *The Greek Literary Texts from Greco-Roman Egypt*, 1923; P. COLLART, «Les Papyrus de l'Iliade et de l'Odyssee», *Revue Phil.*, 13, 1939, págs. 289 y ss.; R. A. PACK, *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman Egypt*, Ann Arbor, Michigan, 1952, 1967² (revisada). Con esta obra se puede prescindir de los catálogos de A. S. HUNT y de E. R. EGGERS. V. MARTIN, *Papyrus Bodmer I, Iliade*, chants 5 et 6, 1954 (reseña de Merkelbach en *Gnomon*, 27, 1955, págs. 269 y ss. H. J. METTE, «Neue Homer Papyri», *Revue Phil.*, 29, 1955, págs. 193-202; D. DEL CORNO, «I Papyri dell'Iliade anteriori all 150 a. C.», *Ist. Lombardo. Rendiconti, Classe di Lettere*, 1960.

des de interpretación), casi nunca suelen acompañar al texto poético (45), y los tres papiros arriba señalados constituyen una excepción en la historia del texto homérico. Esto mismo ocurre en otros autores y se puede establecer como norma general que los comentarios de época alejandrina e imperial se escribían casi siempre independientemente del texto que interpretaban. Incluso los papiros de los siglos IV y V presentan los comentarios de forma independiente.

Aristarco, como los otros grandes maestros alejandrinos, prefería las formas analógicas en el establecimiento del texto, tratando de normalizar las diversas formas de un lexema o las desinencias de casos y formas verbales, tanto temporales como modales. No llegó a sistematizar por completo el principio de la analogía, pero influyó notablemente en la generalización de la vulgata de Homero.

En el texto poético Aristarco hizo uso de la mayor parte de los signos críticos utilizados por sus predecesores, creando todo un sistema que constituye una aportación muy importante en la historia de la crítica textual. Utilizó el óbelo con idéntica finalidad que Zenódoto y Aristófanes. Dio un sentido nuevo al asterisco y la antisigma. Y añadió signos nuevos como la *diplé* y la *diplé puntuada*, la *stigmé* con *antisigma* y la *sigma con stigmé o puntuada*. Tales son los signos críticos de los que hay constancia utilizados por el gran maestro alejandrino y recogidos por Allen en su *editio maior*.

En época de Augusto, Aristónico publicó su obra *Sobre los signos críticos de la Iliada y Odisea* donde se revisaba toda la puntuación crítica de Aristarco y a la que aludimos a propósito de los escolios.

Aristónico, que al igual que Dídimo revisó y comentó el texto de Homero utilizó la *diplé* con un nuevo sentido e hizo uso de la *antisigma* y de la *antisigma con stigmé*, y de los otros signos empleados por Aristarco.

Restos de estos signos nos han llegado en el *Venetus A* de la Iliada, sirviendo de gran ayuda para una mejor valoración de las distintas variantes textuales. También el Códice de la Iliada de la Biblioteca Vitt. Emmanuele gr. 6 (Ve) de los siglos IX y X y cuya segunda parte se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid (N 71) recoge en el fol. 3 una lista de signos «procedentes de Aristarco».

Los signos críticos y su significado fueron editados por F. Osann (46) y G. Dindorf (47).

(45) H. ERBSE, *Scholia graeca in Homeri Iliadem*, Berlín, 1969, vol. I, página XIII.

(46) *Anecdorum Romanorum de notis veterum criticis imprimis Aristarchi Homericis et Heliconia*, Gissae, 1851, págs. 3-5.

(47) *Scholia graeca in Homeri Iliadem*, I, 1875, págs. XLII-XLVI.

También en la lírica coral y en las partes líricas del drama se utilizaron además de estos signos críticos otros signos colométricos como tendremos ocasión de ver a propósito de Demetrio Triclinio. La *diple* y el *asterisco* adquieren valor de signos colométricos, además de la *parágrafos* y la *coronís* que ya lo tuvieron desde Aristófanes de Bizancio. Estos signos colométricos fueron empleados ya por Heliodoro, autor del siglo I p. C. (48), cuyo trabajo fue recogido por Hefestión (49) y a cuya doctrina remonta explícitamente la de Demetrio Triclinio.

Más tarde los bizantinos desarrollaron todo un sistema de signos y de símbolos para remitir desde el texto de una obra al comentario marginal. Como han demostrado los papiros, algunos de estos signos remontan a época helenística.

Por lo que respecta a los signos críticos empleados por los alejandrinos y recogidos en la tradición medieval podemos establecer el siguiente esquema:

Obelo —

Zenódoto: Para designar versos apócrifos; indica un rechazo completo o bien una atétesis que denota una pequeña sospecha.

Aristófanes: Designa los versos apócrifos.

Aristarco: Idéntica finalidad que en Aristófanes y Zenódoto.

Códice Ve: Manifiesta una atétesis o corrección que debe hacerse.

Antisigma ⊃

Aristófanes: Sirve para llamar la atención sobre el empleo de tautologías.

Aristarco: Señala el verso colocado fuera de lugar.

Aristónico: Indicaba, igualmente, que el orden de los versos estaba alterado.

Códice Ve = Aristónico; marca las inversiones o inserciones, es decir, la alteración en el orden de los versos.

Asterisco ·×·

Aristófanes: Indicaba los pasajes que no tenían sentido o bien cuando éste era incompleto.

Aristarco: Señala un verso incorrecto repetido en otro lugar.

Códice Ve: Confirma la autenticidad y el verdadero lugar de un verso o de un pasaje.

(48) PAULY WISSOWA, *RE*, s. v. Heliodorus col. 28-40.

(49) M. CONSBRUCH, *Hephaestionis enchiridion cum comentariis veteribus*, Lipsiae, 1906, págs. 73-76.

Keraúñion T

Aristófanes: Marca grupos seguidos de versos obelizados y evita la continuada repetición del óbelo.

Aristarco: No utilizó este signo.

Venetus A: Con igual significación que en Aristófanes.

Códice Ve: Indica una exclamación.

Diplé >

Aristarco: Servía para remitir al comentario.

Aristónico: Utilizada para indicar un verso notable por su lenguaje y estilo.

Códice Ve: Para remitir a los comentarios = Aristarco.

Diplé periestigmene (puntuada) >̇

Aristarco: Para señalar un verso que difería del texto de Zenódoto y manifestar el desacuerdo con otros comentaristas.

Códice Ve = Aristarco.

Stigme ()*

Aristarco: Consideraba un verso como dudoso o sospechoso señalando al mismo tiempo que no existían razones suficientes para obelizarlo.

Stigme con antisigma ·▷

Aristarco: Marcaba el verso después del cual se había dado al texto una disposición nueva.

Venetus A: Para denotar la inversión de versos.

Sigma puntuada ◁·

Aristarco: Servía para señalar el verso o los versos que habían sido trasladados a un lugar nuevo.

Antisigma con stigme ▷·

Aristónico: Utilizada para indicar los versos señalados antes con la antisigma.

Antisigma periestigmene ·▷·

Venetus A: Se refiere a una pluralidad de versos que con el mismo sentido ofrecen una gran variedad en el texto, quedando dudoso cuál debe preferirse.

Codice Ve: Sirve igualmente para marcar las amplificaciones o tautologías.

Obelo periestigmeno ÷

Venetus A: Para marcar las correcciones que se consideran acertadas.

Obelo con asterisco — ·×·

Venetus A: Para denotar las palabras que no se hallan en el lugar conveniente.

Asterisco con óbelo ·×· —

Códice Ve: Señala la supresión del asterisco.

Muchos de estos signos se encuentran ya en los papiros. *Diplé* y óbelos están visibles en los márgenes de la *Iliada*, de Hawara.

Otra aportación importante de la filología helenística en el texto de Homero fue la división de los cantos según las letras del alfabeto de Mileto. Ya antes había divisiones en rapsodias como lo demuestran las distintas arístías, por ejemplo, la Dolonía. Pero la división en letras aparece en la segunda mitad del siglo II y está ausente en los papiros anteriores

Los discípulos y sucesores de Aristarco (οἱ ἀριστάρχειοι) siguieron las enseñanzas de su maestro y defendieron sus teorías frente a los filólogos de la escuela rival de Pérgamo.

La monarquía atálida de Pérgamo, la última de las grandes monarquías helenísticas, constituía una excepción en el mundo griego de la época. Desde finales del siglo III defendía la libertad de las ciudades griegas contra el imperialismo macedónico. En su liberalismo llegó a proteger a los filósofos del Pórtico desde los primeros años del siglo II. Eumenes II (197-159) confió la dirección del Museo y de la Biblioteca de Pérgamo al estoico Crates de Malos, contemporáneo y adversario de Aristarco de Samotracia. Crates estableció el texto de una edición de Homero, contrapunto de la de Aristarco. Si la tradición de Alejandría fundaba su método en la analogía, Crates basaba el suyo en la anomalía literaria y gramatical. En Alejandría, textos como los de Homero muchas veces caóticos en sus múltiples interferencias dialectales se reducen a criterios análogos para dar un rostro común a toda la obra y lenguaje de un autor.

Por el contrario, la anomalía, principio básico de la escuela de Pérgamo, buscaba el sentido filológico y filosófico basándose en el uso del lenguaje hablado y defendiendo un sistema empírico contra el dogmatismo de Aristarco y sus discípulos. Así, pues, si el principio de la analogía exigía Ζεὺς, Ζηνὸς, Ζηνί... la anomalía observa y se atiene al uso de Ζεὺς, Διὸς, Διί. Crates por otra parte tenía una gran tendencia

a la explicación etimológica y al desarrollo lexicográfico. En este sentido compuso un tratado περί ἀττικῆς διαλέκτου al cual parecen aludir los escolios de Eurípides en *Or.* 1233 y *Phoeniss.* 211-212, que citan expresamente a Crates.

No obstante, el papel de la escuela de Pérgamo en la tradición e interpretación de los textos clásicos parece haber sido muy escaso. El περί κωμωδίας que conocemos por Juan Tzetzes pudiera remontar a la escuela de Pérgamo (50).

Resumiendo la historia de la crítica textual de época helenística podríamos destacar los siguientes aspectos fundamentales:

Primero: Reunieron el mayor material posible de las obras de los autores del pasado.

Segundo: En el estudio de los textos aplicaron el método aristotélico empírico y sistemático a la vez como presupuesto de la comparación de las diferentes variantes, con la finalidad de obtener la forma pura de los textos. En este estudio descubrieron unos procedimientos y siguieron una determinada metodología de crítica textual. En cuanto a los procedimientos hemos visto en Aristarco la comprobación del estado de las variantes, el empleo de signos críticos y la formulación de conjeturas. Por lo que se refiere a la metodología basta la simple enumeración de los criterios con que operaban los alejandrinos: Son unos criterios lingüísticos o de lenguaje, y otros se basan en los datos —*realia*—, y en principios estéticos y éticos.

Tercero: Los alejandrinos, al comparar varios manuscritos y estudiar las diferentes lecturas para seleccionar las que les parecían mejores, realizaron el trabajo propio y específico de la crítica textual moderna.

En este intento de verificar una auténtica *dióρθosis* su objetivo principal era llegar al texto original de los autores. Van Der Valk (51) no considera a los alejandrinos como fidedignos en el trabajo de restitución de los textos originales, estimando que obraron arbitrariamente. Es cierto que en no pocos pasajes procedieron de modo arbitrario, pero en ello, tal vez, les guiaron razones estéticas y morales. Ya Platón quería un Homero puro y sin tacha moral.

En suma, a pesar de estas deficiencias, no se puede negar que la crítica textual de Alejandría constituye una de las mayores aportaciones de la civilización helenística en la historia del pensamiento y de la cultura europea.

(50) A. TUILLIER, *Recherches critiques sur la tradition du texte d'Euripide*, París, 1972, págs. 52-53.

(51) Cf. libro citado en nota 28 y además *Researches on the Text and Scholia of the Iliad*, 1964 (reseña de H. ERBSE, en *Gnomon*, 37, 1965, págs. 352 y ss.).

5. LA EPOCA IMPERIAL ROMANA

Nuestros datos son numéricamente escasos en torno a las medidas tomadas por los alejandrinos para divulgar entre el público ya fueran sus obras originales, ya fueran sus ediciones revisadas de autores antiguos. En cambio, estamos mejor informados por lo que se refiere a época romana (52). Durante este período tiene lugar el intercambio de libros entre amigos. Por lo general, los autores mandan a personas de toda confianza sus notas antes de ordenarlas para la publicación. Pero frecuentemente eran publicadas estas notas en contra de la voluntad del autor y antes de que éste les hubiera dado la redacción definitiva. Así, pues, la primera redacción de una obra se presentaba en forma de notas o ayudas para la memoria *ὑπόμνημα*, pasaba luego a ser una exposición sucinta *ἐξήγησις* o esquemática y, por último, se le daba la redacción definitiva denominada *διόρθωσις* o *σύγγραμμα*; el término de *ἐκδοσις* en sentido propio se reservaba para designar la copia cuidadosa hecha sobre la *διόρθωσις* o *σύγγραμμα* del autor. Una de estas copias llegaba a manos de los libreros *βιβλιοπώλοι*, *βιβλιογράφοι* quienes se encargaban de reproducirla en otras muchas por medio de esclavos o asalariados especializados y de venderla al público.

Tal es la información que nos ha llegado a través de autores como Cicerón y principalmente Galeno (53).

La edición propiamente dicha, por consiguiente, implicaba la elaboración y corrección de las notas tomadas en la primera redacción, así como una ulterior elaboración de los esquemas *παρασκευή*, *ὑποτύπωσις* y llevaba el título puesto por el autor. En algunos casos, no obstante, los autores legaron únicamente las notas y apuntes destinados a una revisión para su publicación ulterior. Tales notas, sin orden ni corrección *ὑπομνήματα συμμιγή* fueron después clasificadas y corregidas, en no pocos casos, por discípulos o amigos de confianza del propio autor y publicadas después de su muerte. Así ocurrió con Porfirio, el cual editó las *Eneadas* de Plotino.

A veces el propio autor, como sucede con Marcial, publicaba una segunda edición de su obra mejorada y puesta al día. Caso muy diferente al de esta segunda edición lo constituye el de la reedición de obras antiguas de autores ya clásicos y que nosotros hemos tratado de estudiar en esta exposición por lo que se refiere a época helenística.

También durante el período imperial y, especialmente, durante el

(52) R. DEVRESSE, *Introduction à l'étude des manuscrits*, París, 1954, págs. 77-80.

(53) XVII, pág. 576; pág. 1.001; XVIII, pág. 578 (ed. Kühn).

Renacimiento literario de Adriano en el siglo II, se hicieron numerosas reediciones basadas en las anteriores ediciones alejandrinas, como lo confirma el gran número de papiros que nos ha llegado de los siglos I-II y III p. C. (54).

La mayor parte de los papiros pertenecen a ediciones económicas destinadas al comercio o bien son copias privadas con destino a las bibliotecas de los ricos.

W. Schubart (55) ha estudiado varios textos literarios del siglo II ajenos todos ellos, según él, a la tradición culta y G. Italic (56) a propósito de la *Hipsípila* de Eurípides nos ofrece una serie de informaciones en torno a los espíritus y acentos de los papiros de esta época. Estos papiros representan un empeoramiento del texto respecto de los de época helenística. Lo mismo puede decirse de las copias escolares; los papiros de nuestra era son por lo común copias populares. Con frecuencia nos ofrecen variantes que son conocidas por los escolios de la tradición medieval. En ocasiones, vienen a confirmar conjeturas de filólogos modernos y son de gran interés para la historia del lenguaje. Otras veces mejoran pasajes cuyas lecturas evidentemente han sido alteradas en la tradición manuscrita y sobre las que recaía la sospecha de inautenticidad de no pocos filólogos. No faltan casos numerosos en que las lecturas de los papiros coinciden con las de los códices *recentiores*, considerados como interpolados por los filólogos del XIX y primera parte del XX. Pero en la mayoría de los casos, cuando la tradición manuscrita es buena, los papiros aportan muy poco. No faltan ejemplos en que ofrecen ya las mismas lagunas e idénticos errores que nuestros manuscritos. En época imperial romana se debieron reeditar todos los grandes autores del pasado, tanto poetas como prosistas. Dídimo editó Píndaro, Sófocles (57) y Demóstenes (58).

Un escolio a Arato (59) nos informa de una edición del poeta provista de cuatro signos críticos: la X, la *diplé*, la *amphi* (antisigma) y el asterisco.

Galeno nos habla de la reedición ἐκδοσις de los libros de Hipócrates basada en varios manuscritos ἀντίγραφα juzgados unos como dignos de crédito πιστά, ἔξιμιστά y otros como carentes de él.

R. Devreese ha estudiado (60) las características de la reedición de

(54) Cf. R. A. Pack en nota 44.

(55) *Einführung in die Papyrskunde*, Berlín, 1918, pág. 63.

(56) *Euripides, Hypsipyla*, Cambridge, 1923, págs. VII y ss.

(57) *Schol. in Olym.* V, 1.

(58) ZUNTZ, *Die Aristophanes-Scholien der Papyri*, Berlín, 1975.

(59) *Phaenomena*, I, 3.

(60) *Op. cit.*, págs. 80-82.

Hipócrates por Galeno. Continúa el uso helenístico de buscar varios manuscritos para establecer el texto. Galeno requiere varias cualidades en un editor: Tener familiaridad con el pensamiento y la lengua del autor, evitar correcciones innecesarias, recurrir constantemente a los manuscritos antiguos y a los comentarios.

Galeno se hace eco de los cambios que con el correr del tiempo se introducen en el texto de una obra. Señala cómo una variante puesta al margen por un lector es introducida en el texto por un copista posterior. A veces, un escriba distraído incorpora al texto dos o más lecturas y con frecuencia mayor omite una palabra o todo un pasaje. Observa también Galeno cómo los antiguos no osaban cambiar una lectura antigua cuando ésta era común a todos los autógrafos, prefiriendo en estos casos el empleo de los signos críticos para señalar las correcciones que les parecían útiles.

6. CONCLUSION

La historia de la transmisión de textos y el estudio de los procedimientos de la filología de época helenística e imperial nos han demostrado el cuidado con que se hicieron las recensiones de los autores clásicos durante estos períodos. Tales ediciones fueron reconocidas como norma y en la mayoría de los casos se nos han transmitido fielmente hasta muy avanzada la Edad Media.

La cantidad de variantes que aparecen en los manuscritos de la tradición bizantina remontan en muchos casos a la época helenística e imperial. No obstante, el estudio de los textos continuó durante todo el medievo bizantino con la excepción tal vez de los siglos oscuros. Pero este aspecto será abordado en nuestra próxima exposición.